

La COP 26 y la inacción mundial

La 26ª Conferencia de las Naciones Unidas sobre el cambio climático (COP26) ha sido un fracaso, no va a servir para frenar el calentamiento climático de acuerdo con lo que se necesita. Los compromisos que se han tomado se basan en la buena voluntad de los Estados pero sin establecer mecanismos de control. Los discursos de los jefes de Estado no tienen nada que ver con las conclusiones, son el bla, bla, bla. Se retrasa a 2022 la toma de decisiones eficaces, un nuevo aplazamiento. Se acepta el acuerdo de París en 2015 (COP21) de alcanzar una subida de 2°C a finales de siglo y retóricamente intentar los 1,5°C, sin embargo los científicos dicen que ya hemos subido 1,1°C y que en 11 años ya habremos aumentado los 1,5°C, y que si seguimos emitiendo como ahora los gases de efecto invernadero (GEI) al menos alcanzaremos 2,7°C a finales de siglo.

Los acuerdos parciales son totalmente insuficientes para alcanzar el objetivo de los 2°C. Se admite que hay que reducir la emisión de gases de efecto invernadero, incluso que quemar combustibles fósiles es la mayor causa del aumento de temperatura por la producción del dióxido de carbono CO₂, pero otra cosa es tomar las medidas para eliminarlos.

En cuanto a la ayuda a los países en desarrollo para la transición energética, se partía de un compromiso de 20.000 millones de euros y se ha propuesto duplicarlo pero lejos de los 100.000 que se consideraron necesarios en la conferencia de París. La presencia de todos los Estados en las Conferencias hace casi imposible un acuerdo por unanimidad, teniendo en cuenta la presencia de países que dependen de la extracción de petróleo, como los del Golfo Pérsico y otros, así como que China, el mayor emisor aunque el 16º en emisiones per cápita, se está desarrollando sobre todo con energía extraída del carbón.

Es importante la confluencia y denuncia de estos acuerdos por parte de científicos y movimientos ecologistas. Así como las manifestaciones que han exigido medidas eficaces partiendo de una situación de excepción, especialmente las de los jóvenes. Movilizaciones que ya se venían dando entre otros por los pueblos indígenas en defensa de sus territorios y de su vida.

España sigue con retraso las propuestas de la UE: recortar las emisiones de gases de efecto invernadero un 55% en 2030 respecto a 1990 y alcanzar un balance cero en 2050. Se compromete a no financiar el carbón y los combustibles fósiles a fines de 2022 y a destinar 30 millones de euros al fondo de adaptación. Deben resaltarse las ayudas al autoconsumo que producirían tanta electricidad como 9 centrales nucleares. Sin embargo, se necesitan medidas más exigentes ya que es el país europeo con más peligro de desertización. Las consecuencias de superar los 2°C son conocidas, y tanto peor cuanto más alta sea la temperatura: subida del nivel del mar, aumento de las zonas desérticas -entre ellas el área mediterránea-, fenómenos climáticos extremos, pérdida de biodiversidad, escasez de agua potable, etc, lo que supondrá migraciones de cientos de millones de personas, muertos climáticos, enfermedades tropicales y pandemias; un colapso humanitario. No son ni imaginables estos efectos, basta pensar en lo que ha supuesto el COVID.

Se insiste en que tenemos que salvar el planeta, pero el planeta seguirá existiendo al margen de cualquier cambio climático hasta que probablemente sea engullido por el Sol en su estallido final. Tampoco se trata de salvar la vida, que subsistirá aunque desaparezcan tantas especies como ya ha pasado en otras etapas, en el cámbrico o con la desaparición de los dinosaurios, lo que permitió el desarrollo de pequeños mamíferos de los que descendemos. Es casi seguro que la humanidad también podrá vivir en un planeta más caliente como lo ha hecho con uno más frío en los periodos glaciares. De lo que se trata es de salvar la vida de millones de personas y de evitar el colapso de la civilización científico-técnica, se trata sobre todo de las generaciones futuras.

Para no rebasar los 2°C a finales de siglo hay que tomar medidas muy radicales, admitiendo que ya hay bastante CO₂ como para que continúen los fenómenos climáticos que ya estamos notando y que continuarán en el futuro.

Se ha intentado frenar el aumento de temperatura con experimentos geoclimáticos sin resultados o enterrando el CO₂. Se propone aumentar la superficie de los bosques como sumideros del carbono, el aumento de las energías renovables, los coches eléctricos, la eficiencia energética, el aislamiento de los edificios, las ciudades "inteligentes", el paso del carbón al gas, la economía circular-espiral que solo puede eliminar una parte de los residuos. Todo esto está bien pero incide poco en frenar la temperatura atmosférica mientras sigamos utilizando combustibles fósiles, pero estos combustibles siguen siendo imprescindibles si necesitamos la energía que se gasta actualmente. Las energías renovables pueden responder a las necesidades eléctricas y con dificultad, pero no al transporte, a la agricultura o a muchas de las industrias. Solo hay una manera rápida de actuar y con el resultado deseado: dejar en sus yacimientos los combustibles fósiles. En el ánimo de evitar esta conclusión ya se está intentando relanzar la energía nuclear, a la que se quiere considerar una energía verde, sin contar que sus residuos duran cientos o miles de años, que no puede proporcionar toda la energía necesaria y que ha dejado de ser rentable para las empresas, lo que obligaría a intervenir al Estado.

El problema es que nuestro mundo se sostiene desde el siglo XVIII quemando carbón, petróleo o gas y que el sistema capitalista necesita el crecimiento, las ganancias se basan en el aumento de la producción y del consumo y esto significa más y más energía.

Pretenden vendernos un crecimiento económico con reducción de emisiones, lo que es imposible, esto sin contar la limitación de los recursos, tanto de los combustibles como de los metales que son escasos. El capitalismo es incompatible con la limitación de recursos del planeta. La última moda de todas las empresas es hacerse publicidad como "verdes", como sostenibles aunque sean petroleras, es el *greenwashing*. Las energías renovables aparecen como el nuevo sector para inversiones rentables, mientras tanto pretenden extraer el petróleo antes de que se limite su uso, como ya va a hacer Arabia Saudí, pero mientras tanto la atmósfera sigue calentándose.

Evitar las catástrofes exige que los países que más han contaminado dejen de crecer o decrezcan para que otros puedan hacerlo y pueda disminuir la enorme desigualdad existente. Esto significa pasar del dominio del consumo de objetos a formas de vida en que lo cualitativo y los servicios de cuidado sean dominantes. Sin duda es un cambio de sistema y de civilización tecnológica. Exige un enfrentamiento con sectores empresariales, algunos de los cuales tendrán que desaparecer, y también con países que dependen de los combustibles fósiles.

Tenemos que cambiar la forma de vivir, ir hacia otro sistema distinto que el del capitalismo actual, pero este cambio no puede darse solo a través del cambio individual, aunque sea necesario. Hay que convencer a la opinión pública, movilizarnos sobre los gobiernos para que impongan medidas impositivas sobre el consumo de los combustibles y protejan a los sectores afectados por el cambio, es necesaria una planificación en los niveles local, autonómico, estatal y de la UE. Es necesario apoyar a los trabajadores que pierdan su trabajo facilitando el cambio y estableciendo una renta básica o salario social que permita la transición. Solo nos quedan 10 años para así poder evitar los efectos más catastróficos. Esto nos plantea nuevas formas de habitar, de movilidad y de trabajo, que grupos pequeños ya están explorando, aunque en realidad solo la superación del capitalismo nos permitirá alcanzar un mundo centrado en las personas y no en las ganancias.

Hay que avanzar hacia una vida en que predomine lo personal y lo comunitario frente a una basada en el consumo de objetos y en el enfrentamiento con los otros.